

La Revobulliprotesta

Rosalba de Guzmán Soriano

Ilustradora: Klara Fernández

Este libro fue editado originalmente en Cochabamba (Bolivia) en 1991.

Tanto la selva como el zoológico en el que se desarrolla la trama están ideados en esa región, por lo que a lo largo del libro aparecen modismos y acentos discordantes con el castellano ibérico. En los casos que hemos considerado necesarios, explicamos el significado del vocabulario en el pie de la página. Nos parece importante normalizar la existencia de múltiples normas y usos lingüísticos en vez de optar por una hegemonía literaria colonialista.

Primera edición en Bolivia con Depósito Legal nº 2-1-24-91

ochodoscuatro ediciones

© De la presente edición: ochodoscuatro ediciones

Depósito Legal: M-15440-2017

ISBN: 978-84-946223-3-5

Impreso por: liberis

Todos los beneficios de este libro irán destinados a la difusión de las ideas antiespecistas.

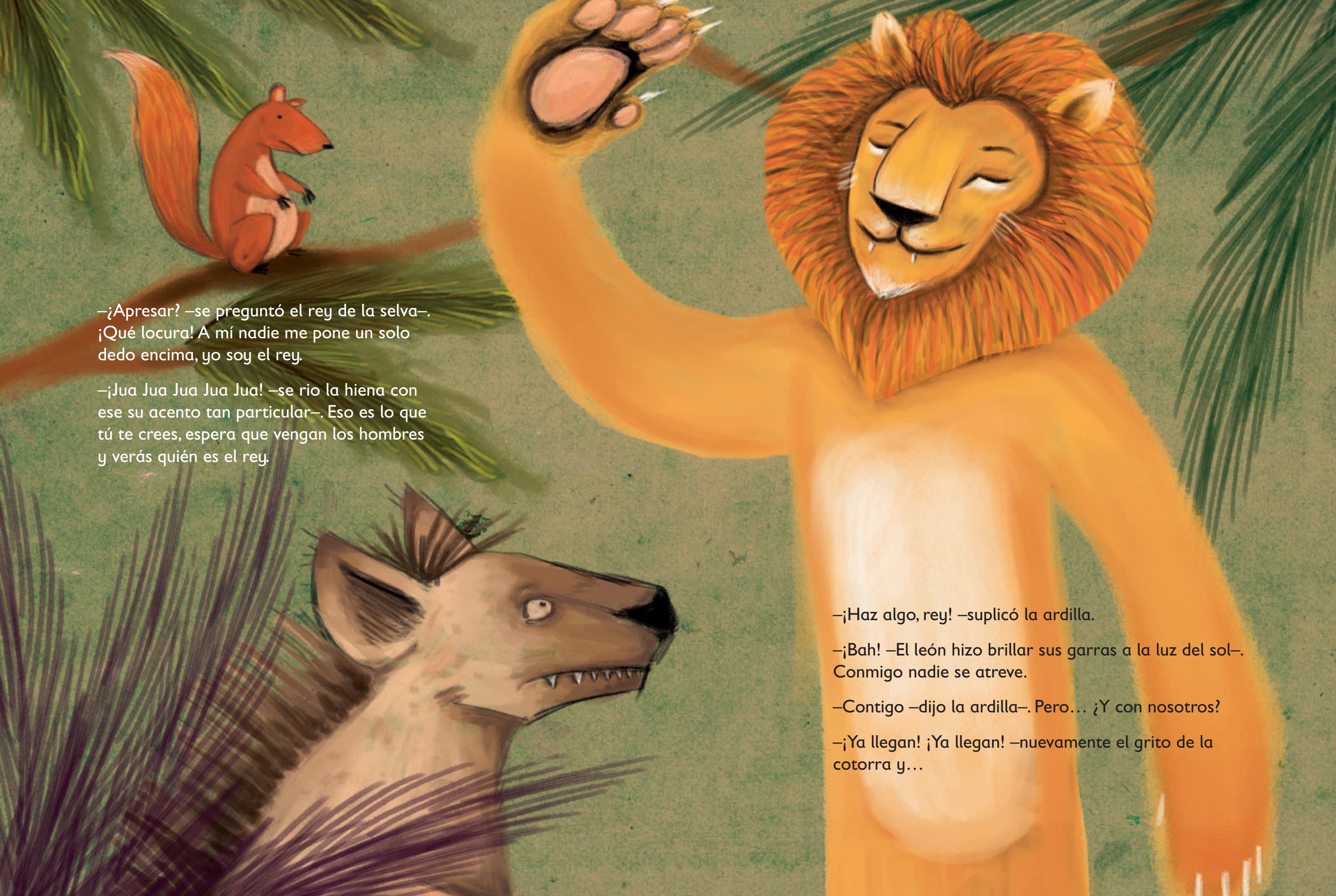
Queda terminantemente recomendada la reproducción total o parcial de este texto solo para el debate y la difusión anticomercial. Para cualquier otro uso o finalidad se requerirá la autorización expresa de la editorial.





***¡Están apresando a los animaaaales!
¡Están apresando a los animaaaales!
¡Cuidado! ¡Huyan!***

Gritó la cotorra parlotea y se armó un revuelo en las montañas, en los valles, en la selva. El eco, asustado, no se cansaba de repetir el mensaje y así voló por todas partes.



—¿Apresar? —se preguntó el rey de la selva—.
¡Qué locura! A mí nadie me pone un solo
dedo encima, yo soy el rey.

—¡Jua Jua Jua Jua Jua! —se rio la hiena con
ese su acento tan particular—. Eso es lo que
tú te crees, espera que vengan los hombres
y verás quién es el rey.

—¡Haz algo, rey! —suplicó la ardilla.

—¡Bah! —El león hizo brillar sus garras a la luz del sol—.
Conmigo nadie se atreve.

—Contigo —dijo la ardilla—. Pero... ¿Y con nosotros?

—¡Ya llegan! ¡Ya llegan! —nuevamente el grito de la
cotorra y...



¡BRUMMMMM!

Cayó una red encima del león, en la cual quedaron enredadas sus grandes garras y apareció colgado patas arriba.

Rugió, lloró, pidió ayuda, se enfureció, pero no pudo hacer nada. Lo metieron dentro de una jaula y se lo llevaron para la ciudad en un ruidoso camión.

Por la noche se reunieron los animales.

—¿Por qué se llevaron preso al león? —se preguntaron.

—Debe ser por haberse comido tantos conejos —dijo el conejo más viejo, ocultando una sonrisa de satisfacción.

—¡No! No fue por eso —dijo el zorro—. Él come conejos porque de algo hay que vivir. Fue porque es el jefe de todos nosotros, nuestro rey. Los humanos suelen hacer esas cosas para desmoralizar a cualquier grupo.

—Peero nosootroos no lo heeeemos noombrado nueeeestro jeeeeefe —dijo la tortuga, parsimoniosamente, frotándose la nariz.

—¿Nooo? —surgió la pregunta y todos se miraron los unos a los otros desconcertados.

—¡No! —afirmó la tortuga—. Eesas son coosas de hoombres.

—Así es —habló la hormiga con su voz pequeñita, y todos se tuvieron que quedar muy calladitos para escucharla—.

Aquí no hay rey, cada uno vale por lo que es. Nunca hubo elecciones.

—Claro —dijo el conejo—. Y yo que me había tragado ese cuento del rey de la selva.

—Verdad —repuso la ardillita—. Tenemos que aprender a defendernos solas cuando hay peligro. Además, es bello no tener jefes, ni reyes, ni esas cosas tan humanas.

—Es cierto —repuso la mona— Pobre león. Estaba tan seguro de ser el rey, el más fuerte, que se dejó meter en una cárcel por vanidoso y por responsable.

—¿Pooor reeesponsaaaable? —preguntó la tortuga parsimoniosamente frotándose la nariz, creyendo no haber entendido eso.

—Sí, por responsable —afirmó la mona—. Él pensaba que debía cuidarnos, protegernos, ordenarnos, castigarnos, premiarnos, y eso es mucho para un solo animal. Con todas esas cosas andaba totalmente distraído y ahora, el pobre, está preso.

Mientras tanto el león llegó a una horrible ciudad de calles pavimentadas, altos edificios y uno que otro arbolito creciendo como hongo solitario en medio del ruido, pitos, luces prendiéndose y apagándose, y gente deliciosa, pero fuera de su alcance. Solo le aumentaba el apetito que creció en su estómago debido a la ansiedad.

Lo cierto es que le llevaron a un lugar donde se leía “ZOOLOGICO”.

El león era bastante instruido y pensó —“Zoo”, viene del griego zoos que significa animal. ¡Animales! ¡Qué bien! ¡Voy a estar con amigos!

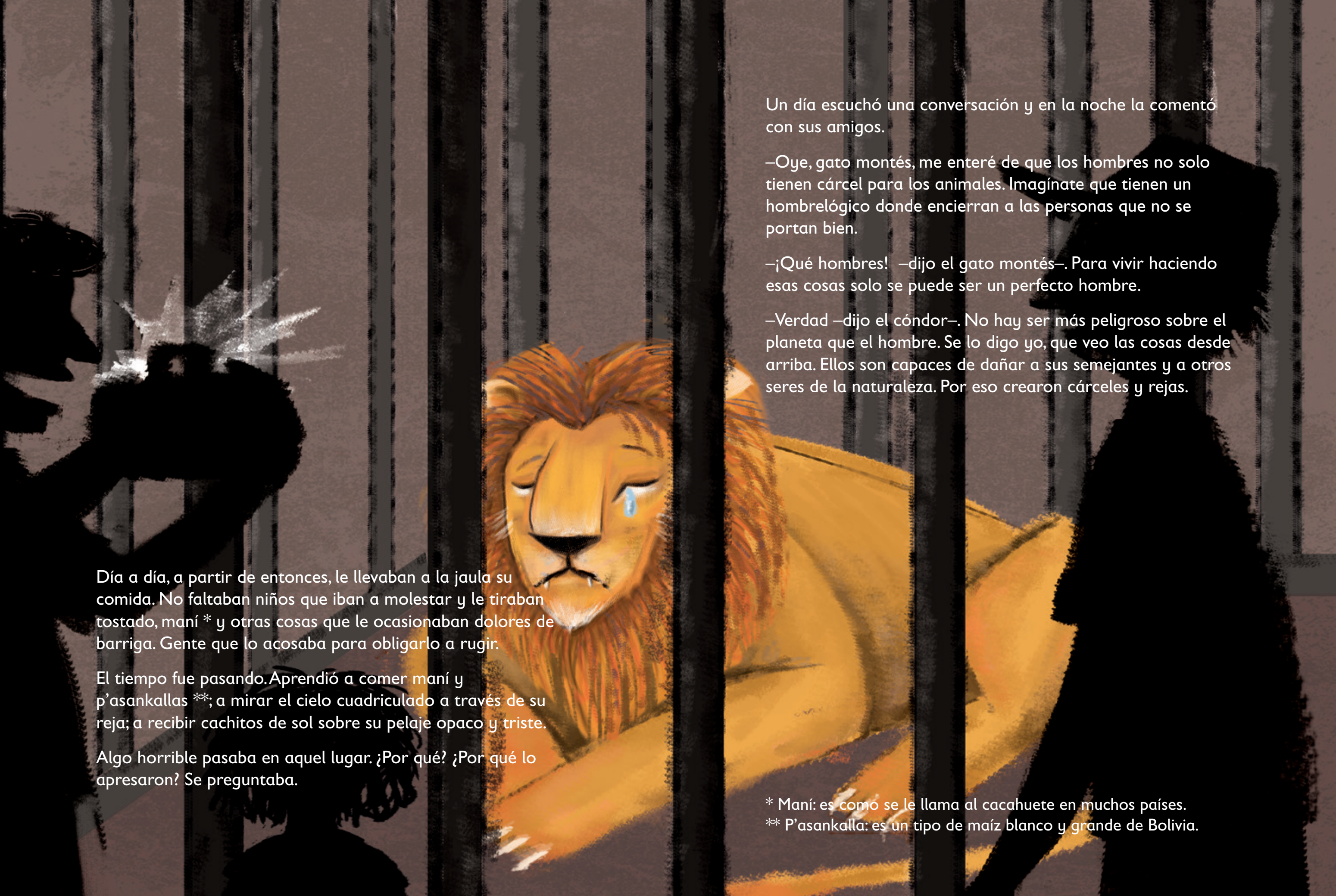
Pero ni bien atravesaron la puerta se quedó pálido; la melena se le alació del todo y le cayó sobre los ojos. En un hilo de voz, dijo:

—“Lógico” quiere decir lógico, y esto no tiene nada de lógico.



¡HORROR!

Cóndores encerrados en sus jaulas, con las alas cortadas; monos atrapados en árboles raquíticos, también dentro de jaulas; patos encerrados en lagos artificiales, todos aislados, tristes, solitarios, enrejados, malhumorados, medio locos, melancólicos, afligidos, idiotizados. Ante tal espectáculo, fue la primera vez que en verdad, el león, tuvo certeza de que no tenía nada de rey, y se arrepintió en el alma de no haberse cuidado a tiempo.

A stylized illustration of a lion in a cage. The lion is depicted with a large, orange-brown mane and a sad expression, with a single blue tear on its face. It is looking out from behind dark, vertical bars. To the left, the dark silhouette of a person is visible, reaching out towards the lion. The background is a dark, textured grey.

Día a día, a partir de entonces, le llevaban a la jaula su comida. No faltaban niños que iban a molestar y le tiraban tostado, maní * y otras cosas que le ocasionaban dolores de barriga. Gente que lo acosaba para obligarlo a rugir.

El tiempo fue pasando. Aprendió a comer maní y p'asankallas **; a mirar el cielo cuadriculado a través de su reja; a recibir cachitos de sol sobre su pelaje opaco y triste.

Algo horrible pasaba en aquel lugar. ¿Por qué? ¿Por qué lo apresaron? Se preguntaba.

Un día escuchó una conversación y en la noche la comentó con sus amigos.

—Oye, gato montés, me enteré de que los hombres no solo tienen cárcel para los animales. Imagínate que tienen un hombrelógico donde encierran a las personas que no se portan bien.

—¡Qué hombres! —dijo el gato montés—. Para vivir haciendo esas cosas solo se puede ser un perfecto hombre.

—Verdad —dijo el cóndor—. No hay ser más peligroso sobre el planeta que el hombre. Se lo digo yo, que veo las cosas desde arriba. Ellos son capaces de dañar a sus semejantes y a otros seres de la naturaleza. Por eso crearon cárceles y rejas.

* Maní: es como se le llama al cacahuete en muchos países.

** P'asankalla: es un tipo de maíz blanco y grande de Bolivia.

—¡Qué grave! —dijo la lechuza—. ¡Dónde hemos venido a parar!
—Y eso que a ella recién la llevaron hacía menos de una semana.

—Algo hay que hacer —dijo el mono de color café—. Tenemos que salir de aquí, romper nuestras cadenas, lo que sea.

—¿Pero cómo? ¡¿Cómo?! —se desesperó el león y volvió a ponerse la melena y a caer sobre sus ojos llorosos.

—¡Tengo una idea brillante! —dijo la lechuza, que además siempre tenía ideas brillantes—. ¡Hagamos una revobulliprotesta!

—¿Una quéeee? —le preguntaron los animales desde su celdas.

—Una re-vo-bu-lli-protesta —repitió la lechuza.

—¿Y qué es una revobulla bi... eso? —preguntó el mono café.

—¡Bulla! Bulla incesante —respondió la lechuza y se avivaron sus grandes ojos inteligentes—. Todo el mundo ruja, grite, llore, grazne, aülle, chille, maullé, golpee sus rejas y no cese hasta el alba.



—¡Muy bien! —dijo el cóndor—. ¡Qué superinteligente la lechuza!

—De acuerdo —dijo el mono café.

—¡Estupendo!— dijo el león.

—¡Perfecto! —dijo el gato montés.

Y así todos, todos, todos, todos los animales del zoológico estuvieron de acuerdo.



ROAAAKK



UAAAA
UAAA



BRUUUU



Kiiikk

Kkikk

A la hora fijada comenzaron a golpear sus rejas y a rugir, gritar, llorar, graznar, aullar, chillar, maullar. Era, tan grande la bulla, que toda la gente de la ciudad se despertó. Empezaron a prenderse las luces cuadradas de los altos edificios. La gente salió de sus casas para pedir que por favor hagan algo con el zoológico.

Los canales de televisión fueron a filmar, pero les fue imposible la más mínima entrevista, porque ni los loros quisieron hablar, sólo chillaban enloquecidos y decían a coro:

—¡Vivalarevobulliprotesta, vivalarevobulliprotesta, vivalarevobulliprotesta!

Los niños salieron también y se fueron al zoológico. Casi se mueren de susto, porque los gritos y la bulla, eran escalofriantes.

Los psicólogos se reunieron y diagnosticaron “Psicosis Colectiva”.

Según el profesor Sergio, astrólogo profesional, se debía aquel fenómeno a la influencia de la luna y al predominio de las constelaciones de Leo y Escorpión.

Los miembros del Colegio Médico también se reunieron y según las especialidades, analizaron el caso:

El gastroenterólogo dijo que era un problema de pesadilla por indigestión. El otorrinolaringólogo opinó que posiblemente estaban con angina y al no poder respirar gritaban de desesperación. El geriatra dijo que los animales más viejos estaban chochos. El pediatra, veía que los animalitos chicos a lo mejor tenían cólico. Pero nadie podía jurar que tenía la razón porque los animales no se dejaban auscultar.

Hasta el alcalde fue a verlos y creyó que era cosa de la oposición.

Lo cierto es que los animales, solo se callaron al amanecer, tal como habían acordado, y volvió el silencio a la ciudad. A esa hora todo el mundo tenía los ojos como platos y fueron recién a dormir; antes de ir al trabajo, o a la escuela, o al mercado.

Al medio día el jefe del zoológico fue severamente amonestado. El alcalde amenazó con despedirlo si volvía a ocurrir semejante desastre.

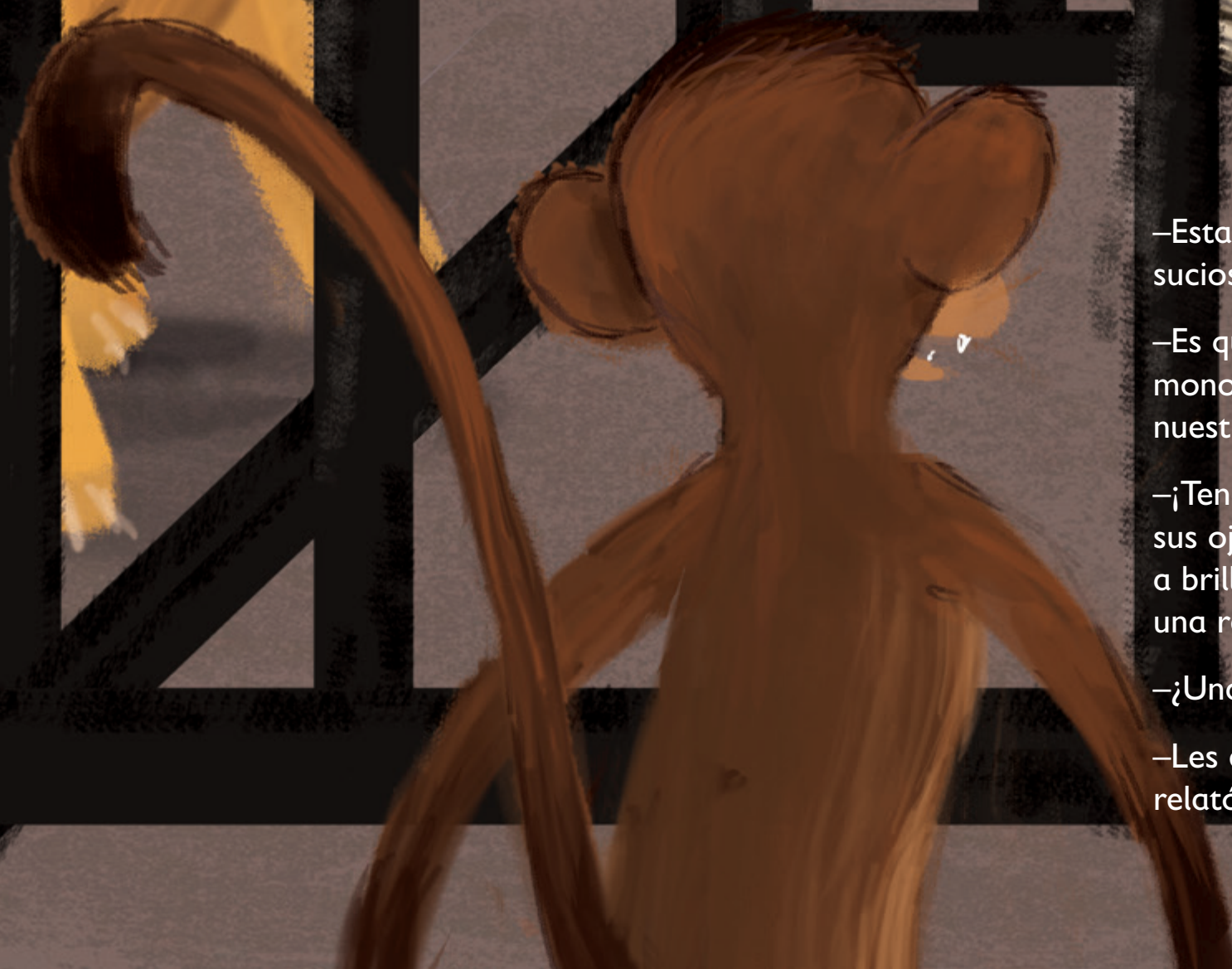
El jefe, entonces, entró al zoológico con una vara y castigó muy duramente a todos los animales. Ese día no se repartió comida ni se limpiaron las jaulas. Las puertas del zoológico permanecieron cerradas para todo el público.

—Es inútil —dijo el león, al anochecer—. No han entendido nuestro mensaje.

—¡Pero cómo es posible! ¡Cómo es posible! —se enfadó la lechuza, que como ustedes ya saben era la más inteligente—. Es ahora cuando comienza nuestra lucha, compañeros.

—¡Verdad! —dijo decidido el mono café—. Finalmente es preferible morir antes que vivir presos.

—Pero ya no más gritos, por favor —dijo una lora a la cual apenas se le oía.



—Estamos roncos, hambrientos, sordos sucios y muertos de sueño.

—Es que no existe otra manera —dijo el mono café—. Si ahora no reforzamos nuestra protesta, estamos perdidos.

—¡Tengo otra idea! —dijo la lechuza y sus ojos grandes y redondos volvieron a brillar como dos estrellas—. ¿Qué tal si ahora hacemos una revomutiprotesta?

—¿Una revomuma me.... quéeee? —preguntó el cóndor.

—Les explico... —dijo la lechuza, y bajo la luz de la luna les relató su magnífico plan.

Aquella noche hubo paz y durmieron todos tranquilitos. A la mañana siguiente, el jefe del zoológico pasó jaula por jaula, para reflexionarlos una vez más y, al mismo tiempo, para felicitarlos por haber mejorado su comportamiento. Les hizo dar el doble de comida e hizo limpiar sus jaulas hasta que quedaron como nuevas.



A media mañana se abrieron las puertas del zoológico para todo el público y entraron los niños con sus bolsas de tostados y maníes. Se acercaron a las jaulas; pero algo espantoso ocurría. Algo tanto o tal vez más desesperante que la revobulliprotesta. Los animales estaban absoluto silencio, inertes, con los ojos cerrados, como muertos, en un rincón de sus jaulas.

Los visitantes les gritaban, les botaron maníes, tostados, galletas, dulces; finalmente, piedras; pero nada. Los niños lloraron desesperados y la voz corrió por toda la ciudad. Nuevamente las cámaras de TV frente a las jaulas, los psicólogos, los médicos, los astrólogos y hasta los curas, que creyeron que era obra del demonio e intentaron hacerles tomar agua bendita.

Nada. Los animales se negaban rotundamente a dar muestras de vida. Respiraban, porque no había más remedio, pero nada más que eso y no salieron de su mutismo hasta el siguiente día.

Al día siguiente las autoridades se reunieron a pensar en alguna medida.

Sin duda los animales les estaban queriendo decir algo.

—¡Están bien alimentados, están limpios, tienen de todo! — explicaba el jefe del zoológico, jalándose los pelos con desesperación.

—Entonces habrá que redoblar el castigo, o tomar cualquier otra medida mayor —dijo el alcalde—. De alguna manera tendrán que aprender a comportarse.

Y de *ipso facto* despidió al jefe del zoológico. Luego de pensarlo mucho dio con la mejor solución. Puso en lugar del jefe del zoológico al exdomador del circo. Era un hombre grande, fornido, de gesto agrio y ojos malvados, a quien le faltaba el brazo derecho, puesto que un león se lo había comido, y la pierna izquierda, que se la había zampado una pantera. Después de escuchar todo el relato del Alcalde, el hombre, con una malévola sonrisa dijo:

—Déjemelos a mí, señor alcalde, yo me encargo. ¡Jo jo jo!

Cuando los animales lo vieron llegar, un escalofrío colectivo les recorrió todo el cuerpo. Estaba claro que no habían logrado su objetivo y que los hombres, que se creían tan inteligentes, eran incapaces de comprender sus ansias de libertad. Su derecho a vivir entre los suyos, en su propio ambiente, que nada tenía que ver con ciudad, jaulas y prisiones.

Esa noche, el nuevo jefe del zoológico se quedó a observar a los animales. Como ya dije, era un hombre tiranovengativomaloaterrador y lleno de odio, pero conocía muy bien la forma en que estos se comunicaban, puesto que toda su vida había sido domador.





Aquella noche, la lechuza llamó a todos para comentar el cambio del jefe del zoológico y estuvo diciendo algunas cosas superimportantes. Cuando de pronto desde la oscuridad surgió el hombre. La luna proyectó su negra sombra. El domador se acercó lentamente a la lechuza, le clavó los ojos encima. La lechuza se quedó helada, en silencio y ni siquiera se le ocurrió la más mínima idea para poder defenderse, y eso que, como ustedes deben saber de memoria, era la más inteligente.

El domador abrió la jaula y la agarró firmemente por las patas.

—¡Ajá! —dijo—. De modo que esta es la habladora que los está confundiendo.

Los animales asustados asomaban sus cabezas por las rejas.

—Bien —continuó el hombre—. A esta, me la llevo yo.

Y luego, levantándola, la sacudió, haciéndola gritar más de rabia que de dolor, ya que no existe mayor humillación para una lechuza que la de agarrarla por las patas y sacudirla.

Pero a pesar de todo la lechuza gritó.

—¡No se den por vencidos, compañeros! ¡Aunque yo muera, no se den por vencidos!

El hombre salió del zoológico. Los animales escucharon el grito de la lechuza hasta perderse, incitándoles a continuar la lucha y que no se rindieran. A la luz de la luna, la nefasta sombra proyectada de aquel hombre se balanceaba por el vaivén desigual de su andar, hasta unirse a la oscuridad total del horizonte.



—¿Y ahora? —dijo el mono café—. ¡Qué hacemos!

—No podemos quedarnos así —dijo el león—. Nuestra compañera desaparecida no ha dado en vano su vida por nosotros.

Todos aplaudieron al león y muchos animales enjuagaron una lágrima, emocionados por el heroico acto de la lechuza, tan chiquita y tan valiente; luego hicieron un minuto de silencio en honor a su compañera mártir.

—Pensar que estamos tan desamparados —dijo un loro—. Y en el mundo existen miles de animales.

—¡Eso! —dijo el cóndor—. ¡Hay que pedir ayuda! Esta noche volvamos a la lucha con otra revomutiprotesta y otra revobulliprotesta al mismo tiempo!

—¿Pero cómo las dos cosas a la vez? —preguntó el león.

—Lo haremos de la siguiente manera... —dijo el cóndor y explicó su plan.

Tal como había acordado, el cóndor y los demás animales pidieron ayuda a los pájaros, a los insectos, a las ranitas, a los sapos, para que fueran sus emisarios y les dieran su mensaje a los animales de las montañas, los valles y los llanos.



A media noche, justo en el momento en que el domador estaba a punto de torcer el cuello de la lechuza, empezaron a ladrar todos los perros de la ciudad; a maullar, todos los gatos; a cantar, todos los grillos; a croar, todas las ranas y los sapos. Desde las más remotas distancias se escuchó el aullido de los lobos, el rugido de los tigres, el grito de los pájaros y hasta las hormigas, todas juntas, hicieron oír sus voces de protesta. Parecía que todos estuvieran a punto de invadir la ciudad.



Sobrecogidos, los habitantes acudieron al zoológico que era el único lugar de silencio, donde los animales aguardaban en el más absoluto mutismo. Pero esta vez despiertos, alerta, con los ojos bien abiertos.

Con el susto, el domador dejó escapar a la lechuza, que era muy ágil y pudo volar al lado de sus amigos.

Al día siguiente, el alcalde, muy temprano, hizo sacar a los animales de sus jaulas y los devolvió a sus selvas, sus montes, a sus cielos, a sus lugares de origen, mientras que miles de pájaros multicolores surcaron el infinito festejando así el día de la libertad.

A colorful illustration of a jungle scene. In the foreground, a lion with a large orange mane is lying down, looking relaxed. To his left, a tiger with orange and black stripes is walking. In the upper left, a brown monkey is hanging from a vine. In the upper center, an owl is perched on a branch. In the upper right, a toucan with a large red beak is visible. In the lower left, a small orange fox is peeking out from behind some foliage. The background is filled with lush green trees and plants.

Desde entonces, el león no quiere saber nada de ser el rey de nadie y aprendió a cuidarse mejor, gracias a los sabios consejos que no deja de darle su amiga, la lechuza.